

Hoy que la suerte desata  
 Contra tus sueños de plata  
 Todo su rigor impío,  
 Tengo valor para el mío,  
 Pero tu dolor me mata.

Que aumenta del alma el duelo  
 Verte sufrir, y mirar  
 Para eterno desconsuelo,  
 Tus claros ojos de cielo  
 Turbios de tanto llorar.

Juntarse ve con horror,  
 Por mi desdichado amor  
 En tus floridos abriles,  
 Tus lágrimas infantiles  
 A tu llanto de dolor.

¡Por mi culpa!! ¡y algún día  
 Me acusarás con razón!!  
 Perdóname, vida mía,  
 Perdona; yo te quería  
 Con todo mi corazón!

¡Ay! que no hay pena mas dura  
 Para el alma, ni amargura,  
 Como hallar por todo fruto  
 Eternas horas de luto  
 En cambio de su ternura!

¡Lloras, corazón? ¿por qué?  
 ¿Por qué en tal trance nos vemos?  
 ¿Por qué calumnian tu fé?  
 Pues esa tu suerte fué,  
 Corazón mío, lloremos.

Si es tu obligación callar,  
 Y, aunque te abogue, ocultar  
 Tu apasionado llorir,  
 ¿Qué tienes ya que pedir,  
 Ni qué puedes esperar?

Pues el hondo cáliz lleno  
 Tienes en los labios ya,  
 Apura todo el veneno:  
 Mas cumple tú como bueno,  
 Que en eso tu orgullo está.

Sí: bien sé yo que darías  
 Tu vida entera por ella;  
 Y si dichosa la hacías,  
 Tu muerte bendecirías  
 Y besarías su huella.

Sí: lo sé: pues qué ¿no siento  
 Ese batallar violento  
 Con que en el pecho te agitas,  
 Y cada vez mas irritas  
 Tu devorador tormento?

Pero ¿á qué esa lucha, dí,  
 Si al cabo rendido cedes?  
 ¿A qué fatigarte así,  
 Si desenclavar no puedes  
 Ese amor que vive en tí?

¿A qué tanto batallar  
 Contra tu fortuna avára?  
 Deja á los ojos llorar  
 Que es inútil tu afanar  
 Cuando te vende la cara.

Llora, sí, tienes razón:  
 Y si al mirar tu aflicción  
 Haciendo de fuerza alarde,  
 Hay quien te llame cobarde,  
 Que te pruebe, corazón.

¡Ojalá! tal te acosó  
 La suerte que te tocó,  
 Que al que tan mal te quisiera  
 Que mil pedazos te hiciera,  
 Lo bendeciría yo.

Sí, corazón mío, sí:  
 La hemos perdido ¡tan bella!  
 Mas no importa, sigue así:  
 Tú no la amabas por tí,  
 Tú la adorabas por ella.

Si el huracan se avlanza  
 Y al fondo del precipicio  
 Tus dulces ensueños lanza,  
 Aun te queda una esperanza  
 Para el postrer sacrificio.

Que en tan obstinada guerra,  
 De un alma partida en dos,  
 El porvenir no se encierra:  
 Si las separa la tierra,  
 Hay un cielo, y hay un Dios.

J. ROMEA.

